

Salen Mari Crespa, Teresa, Perico y Pero Tanto, viejo, vestidos de labradores.

Diga, señor Pero Tanto,
¿eso es verdad?

Mas me espanto,
Mari Crespa, que dudéis
mi verdad.

No os enojéis,
que no lo digo por tanto.

Tanto por tanto, ya os digo
que vuestro yerno y amigo
quiere partirse a la guerra
y dejar su esposa y tierra,
que lo consultó conmigo.

De leer el romancero,
ha dado en ser caballero
por imitar los romances,
y entiendo que a pocos lances
será loco verdadero.

Y aunque más le persuadí,
está tan fuera de sí
que se ausenta de Teresa.

Porque es mi hermana, me pesa.

¡Ay, mal casada de mí!,
que Bartolo, mi velado,
se me quiere hacer soldado.

Madre, ¿con quién me casó?

Pues, ¿tengo la culpa yo?

¡Ay, que se va mi cuñado!

¡Ay, mi querido Bartolo!

¿Qué he de hacer sola?

Y yo,

¿qué haré yo solo sin ti?

¡Ay, Bartolo!

Veisle, aquí

viene a despedirse.

¿Dolo?

Sale Bartolo de labrador, y Bandurrio.

Ensíllenme el potro rucio

de mi padre Antón Llorente;

denme el tapador de corcho

y el gabán de paño verde,

el lanzón, en cuyo hierro

se han orinado los meses,

el casco de calabaza

y el vizcaíno machete.

Y para mi caperuza,

las plumas del tordo denme,

que, por ser Martín el tordo,

servirán de martinetes.

Pondrasle el orillo azul

que me dio para ponerme

Teresa la del Villar,

mi mujer, que está presente.

Pártete luego, Bandurrio,
y haz que todo se aderece.
Listo voy, que los soldados
hemos de ser diligentes.
Vase Bandurrio.
¿Qué es aquesto, hijo Bartolo?
¿Qué es aquesto en que nos metes?
Casado de cuatro días,
¿dejar a mi hija quieres?
Señor cuñado, no vaya
a reñir con los ingleses,
que tendrá mi hermana miedo
de noche cuando se acueste.
¡Ea, Bartolo, no os vais!
Mirad que Teresa siente
que la dejéis sola y moza.
¡Mas que nunca acá se quede!
Teresa de mis entrañas,
no te gazmies ni jaqueques,
que no faltarán zarazas
para los perros que muerden.
Aunque es largo mi negocio
la vuelta será muy breve:
el día de San Ciruelo
o la semana sin viernes.
Acuérdate de mis ojos,
que están, cuando estás ausente,
encima de la nariz
y debajo de la frente.
Sale Bandurrio.
Partamos, señor.
Bandurrio,
¿qué me dices?
Que te aprestes,
que para sesenta leguas
nos faltan tres veces veinte.
Pues queda con Dios, Teresa.
Señores, con Dios se queden.
Adiós, hermano Perico;
adiós, Pero Tanto.
¡Vete!
Vanse Bandurrio y Bartolo.
¡Ay, quién se muriera,
para no pasar
tantas sinrazones
en guerra y en paz!
¡Todas las hermosas,
es cosa vulgar,
que son desdichadas,
conforme al refrán!
Si es verdad aqueso,
mi hermana será
la más bella niña
de nuestro lugar.

iPobre de la triste,
pues para su mal
hoy es viuda y sola
y ayer por casar!
¿Quién, señora madre,
muerta no se cae,
viendo que sus ojos
a la guerra van?
La pobre Teresa,
harta de llorar,
a su madre dice
que escuche su mal.
Dulce madre mía,
¿quién no ha de llorar
aunque tenga el pecho
como un pedernal?
Calla, por tu vida,
que remedio habrá.
¿Qué remedio?
Iremos
do su padre está,
y contando el caso,
saldrá del lugar
a traerlo atado,
si no vuelve en paz.
Muy bien dice, madre;
vámosle a buscar.
Tú, Perico, en casa
te puedes quedar.
Yo me quedo.
Vamos
presto, que se irá.
Cuando no le hallemos,
dejadme llorar,
orillas del mar.
Vanse y queda solo Perico.
iQue de leer romances
Bartolo está tal,
que se haga soldado
y vaya a embarcar!
Sale Dorotea.
Hermano Perico,
que estás a la puerta,
con camisa limpia
y montera nueva:
mi hermano Bartolo
se va a Ingalaterra,
a matar el Draque
y a prender la reina.
Tiene de traerme
a mí de la guerra
un luteranico
con una cadena,
y una luterana

a señora abuela.
Vámonos yo y tigo
para el azotea;
desde allí veremos
los valles y tierras,
los montes y prados,
los campos y sierras.
Y más, si allá vamos,
diré una conseja
de la blanca niña
que llevó la griega
Yo tengo una poca
de miel y manteca.
Yo turrón del dulce
y una piña nueva.
Haremos de todo
cocha, boda y buena.
Dorotea, vamos
a pasar la siesta
y allá jugaremos
donde no nos vean.
Harás tú la niña
y yo la maestra.
Veré tu dechado,
labor y tarea,
y haré lo que suelen
hacer las maestras
con la mala niña
que la labor yerra.
Tengo yo un cochito
con sus cuatro ruedas,
para que llevemos
puestas las muñecas.
Yo un peso de limas
hecho de dos medias,
y un correverás
que compré en la feria.
Cuando yo sea grande,
seora Dorotea,
tendré un caballito,
daré mil carreras;
tu saldrás a verme
por entre las rejas.
Casarte has conmigo
y habrá boda y fiesta.
Dormiremos juntos
en cama de seda.
Y haremos un niño
que vaya a la escuela.
Vanse Dorotea y Perico, y sale Bandurrio.
Con la prisa que salimos
Bartolo y yo del lugar,
para irnos a embarcar,
en el monte nos perdimos.

Él viene atrás; yo no hallo
senda alguna ni vereda,
ni encuentro pastor que pueda
decirme dónde he de hallallo.
Pero ya descubro y todo
un pastor, si bien percibo,
cabizbajo y pensativo,
puesto en el peñasco el codo.
Vase Bandurrio, y salen Marica y Simocho.
Oh, más falsa pastorcilla
que las trampas de los lobos,
más dura que la tortuga
(la concha, que no el meollo),
¿piensas que por Penelope
te tienen agora todos,
y no hay nadie que no diga
que quieres mal a Simocho?
Quitástete la gorguera
con la sarta de abalorio,
y pusístete el mandil
con que lavas el mondongo.
Si lo pensaste encubrir,
eso, Marica, a los bobos;
que bien se ve por la saya
cuando se quema el quillotro.
Simocho, tuya es la culpa
que esotro día en el corro
pisaste la pata a Menga.
¡Celuchos, celuchos!
Sonlo.
Marica, si te ofendí,
le ruego a Dios poderoso
que las yeguas se me mueran
y nunca me nazcan potros.
Esas maldiciones y otras
caigan sobre ti, Simocho,
y cual asno, o pues lo eres,
cuervos te saquen los ojos.
¡Suéltame!
¡Aguarda, Marica!
¡Suéltame!
¡Olvida el enojo!
¡Daré voces!
¡Aunque grites
hasta que te oigan los sordos!
Sale Bartolo armado de papel, de risa, y en un caballo de caña.
Mira, Tarfe, que a Daraja
no me la mires ni hables,
que es alma de mis sentidos
y criada con mi sangre;
y que el bien de mi cuidado
no puede mayor bien darme
que el mal que paso por ella,
si es que mal puede llamarse.

¿A quién mejor que a mi fe
esta mora puede darse,
si ha seis años que en mi pecho
tiene la más noble sangre?
Esto dijo Almoradí,
y escuchole atento Tarfe.
Hermano, si estáis borracho,
id a dormir a otra parte;
que aquí no hay moro ni mora,
porque somos dos zagales
que nos queremos casar.
No hayas miedo que tal cases.
Retrátate, Almoradí,
que es razón que te retrates
de tus mujeriles hechos,
y en cosas de hombres no trates.
Dices que Daraja es tuya:
¡suéltala, moro cobarde!
No quiero.
Pues por los cielos
que aquesta lanza te pase.
¡Ay, que me ha dado en las nalgas!
El diablo que los aguarde.
Vase Marica.
¿Cómo con la lanza misma
no me vengo?
¡Arre, arre!
¡Descabalgad del caballo
y lo que hicistes pagadme!
Toma Simocho la lanza y dale a Bartolo de palos y tiéndele en el
suelo, y vase corriendo.
¡Ah, cruel fortuna proterva!
Apenas puedo moverme.
¡Contenta estarás de verme
tendido sobre esta hierba!
De una desgracia tan brava
no tengo la culpa yo;
túvola el asno, que no
corrió cuando le arreaba.
¡Santa María me valga!
No puedo alzarme aunque quiero.
¡Mal hubiese el caballero
que sin espuelas cabalga!
Mas ¿yo no soy Valdovinos,
y Carloto no es aquel
que, como traidor cruel,
me dejó entre estos espinos?
Dice Antón dentro:
Por aquí se van ya viendo,
como la estampa lo muestra.
Pues como perros de muestra
los iremos descubriendo.
¿Dónde estás, señora mía,
que no te duele mi mal?

De mis pequeñas heridas
compasión solías tomar,
y agora de las mortales,
no tienes ningún pesar.
No te doy culpa, señora,
que descanso en el hablar;
mi dolor es tan crecido
que me hace desvariar.
Dicen dentro:
TESeñora madre, adelante
una voz he oído hablar.
Hacia do la voz oyes,
comienza de caminar.
¡Oh, mi primo Montesinos!
¡Oh, infante don Merián!
¡Oh, buen marqués Oliveros!
¡Oh, Durandarte el galán!
¡Oh, triste de la mi madre!
Dios te quiera consolar,
que ya es quebrado el espejo
en que te solías mirar.
Salen Pero Tanto, Antón, Mari Crespa y Teresa.
Las ramas vengo cortando
para el camino acertar.
A todas partes mirando
por ver qué cosa será.
Al pie de unos altos montes
veo un caballero estar.
Armado de algunas armas,
sin estoque ni puñal.
Lleguemos a ver quién es.
¡Vuestro hijo es, por San Juan!
¡Oh, noble Marqués de Mantua,
mi señor tío carnal!
¿Qué mal tenéis, hijo mío?
¿Querrádesmelo contar?
Sin duda que es mi escudero.
La cabeza probó alzar.
¿Qué decís, amigo mío?
¿Tráesme con quien confesar?
Que el ánima se me sale,
la vida quiero acabar.
Del cuerpo no tengo pena,
el alma querría salvar.
Luego le entendió su padre.
Por otro me fue a tomar.
Yo no soy vuestro criado;
nunca comí vuestro pan;
vuestro padre soy, Bartolo,
que os he venido a buscar.
Decidnos si estáis herido.
Hijo, decid la verdad.
Veintidós palos me han dado,
que el menor era mortal.

Levantémosle del suelo
y llevémosle al lugar.
Muy bien decís.
Caballero,
por mi fe os digo verdad:
hijo soy del rey de Dacia,
hijo soy suyo carnal.
La reina doña Armelina
es mi madre natural;
la linda infanta Sevilla
es mi esposa, otro que tal.
¿Qué esposa ni qué Armelina?
Esto en las coplas está
del noble Marqués de Mantua.
Era mi tío carnal,
hermano del rey mi padre,
sin en nada discrepar.
Sale Bandurrio.
¿Adónde estará Bartolo?
Llegad, Bandurrio, llegad.
Ellos en aquesto estando
su escudero fue a llegar.
¡Oh, mi querido Bandurrio!
Vamos con él: ¡acabad!
Tened, Bandurrio, de ahí,
y empezad a caminar.
Adelántate tú, hija.
Yo voy volando al lugar.
Vase Teresa.
Hijo mío, ¿qué es aquesto?
Acabad de loquear.
Lleve el diablo el romancero
que es el que te ha puesto tal.
Decid, ¿no tenéis vergüenza,
Bartolo, de porfiar
en que sois vos Valdovinos?
¿Yo Valdovinos? No hay tal.
Vos, señor, sois Bencerraje,
y yo alcaide natural de Baza.
¡Locura nueva!
¡Pobre dél, que tal está!
Dime, Bencerraje amigo,
¿qué te parece de Zaida?
Por mi vida, que es muy fácil;
para mi muerte es muy falsa.
Este billete le escribo;
escucha, y silencio guarda:
"Si como damasco vistes,
vistes jacerina malla,
y en la guerra escaramuzas
labrando una rica manga..."
Él está loco perdido.
Bien se ve por lo que habla.
Si tienes el corazón,

Zaide, como la arrogancia...
¡Otro nuevo disparate!
¡Otro modo de dulzaina!
Por una nueva ocasión,
mira, Tarfe, que a Daraja
rendido está Reduán,
de las montañas de Jaca,
Elicio, un pobre pastor,
en una pobre cabaña,
con semblante desdeñoso,
de pechos sobre una vara,
Bravonel de Zaragoza,
discurriendo en la batalla,
por muchas partes herido,
rotas las sangrientas armas.
Sale la estrella de Venus,
rompiendo la mar de España,
después que con alboroto
entró la malmaridada
en un caballo ruano...
¡Afuera, afuera! ¡Aparta, aparta!
Tenedlo, Bandurrio, bien.
Tenedlo, no se nos vaya.
¡Ea! Vamos poco a poco,
que ya llegamos a casa.
¡Ay, pobre dél! Ya le lloro
como muerto.
¡Grande lástima!
Todos dicen que soy muerto.
Dígame tú, la serrana,
si Azarque, indignado y fiero,
su fuerte brazo arremanga.
¿Quién es Azarque, hijo mío?
Azarque vive en Ocaña.
Sale Teresa.
Ellos sean bien llegados,
que ya está hecha la cama.
Pues metámosle a acostar,
que el loco durmiendo amansa.
Llévale Bandurrio adentro y Pero Tanto.
Señora madre, ¿no sabe?
Periquillo y la muchacha
en el azotea están
haciendo...
¿Qué es lo que pasa?
Dorotea y Periquillo.
él desnudo, ella en faldas.
¿Mi hija?
Sí, señor suegro.
Vase Teresa. Sale Pero Tanto con Perico y Dorotea.
¡Oh, maldita sea la casta!
Compadre, aqueste muchacho
y esta señora muchacha,
han de ser deshonra nuestra

si al momento no los casan.
Azotarlos es mejor.
Mejor será que se haga
la boda, si ellos quisieren,
como Abindarráez y Fátima.
Dense las manos entrambos.
Y los padres también daldas,
y para alegrar la boda, Bandurrio,
músicos llama.
Hágase así.
Yo soy vuestro.
Y yo vuestra.
Doy palabra
que se casarán entrambos.
Y yo gusto de aceptalla.
El enfermo, ¿cómo queda?
Sale Teresa.
Como un cochino roncaba.
Pues como él duerma, el sentido
volverá a cobrar sin falta.
Sale Bandurrio con los músicos.
Los músicos han venido.
Dios guarde la gente honrada.
Canten algo vuesastedes,
y tú, Teresilla, baila.
Cantan los músicos esta letra, y baila Teresa.
Frescos ventecillos
favor os pido,
que me anego en las olas
del mar de olvido.
En acabando de cantar esta letra, se asoma Bartolo por lo alto del
tablado, en camisa.
Ardiéndose estaba Troya,
torres, cimientos y almenas,
que el fuego de amor a veces
abrasa también las piedras.
¡Fuego, fuego! ¡Fuego, fuego!
Éntranse todos.
¡Fuego!, dan voces. ¡Fuego! suena,
y sólo Paris dice: “Abrase a Elena”.